

estilo sea, como afirma M. Patou, el famoso modisto. *la négation même de toute véritable elegance*, pero como no ha sido elegancia, sino vigor, actividad, independencia, lo que la mujer ha venido buscando desde la guerra...

Nuevas modas, para que tengan aceptación, deben estar de acuerdo con ciertos ideales admitidos en la época en que aquellas se presentan. Las mujeres han de ver en las nuevas modas el símbolo de un ideal que se les ofrece—aunque, como ocurre con otros símbolos, no es necesario que haya una realización consciente de su verdadero significado.

En nuestros días se está haciendo dos tentativas muy audaces para modificar los ideales existentes; uno, dirigido a los hombres, es en forma franca; en otro, referente a la moda femenina, de una naturaleza más disimulada. The Men's Dress Reform Party de Inglaterra, está tratando de hacer cambiar radicalmente el estilo de vestimenta masculina.

Por otro lado nos encontramos con que la *Haute Couture* se ha embarcado en una campaña insidiosa para abolir los ideales de juvenilidad, deporte y naturalidad que han distinguido la moda femenina en los últimos años. Con miras paradójales, se recomienda a los hombres que imiten ciertas características del traje femenino (su ligereza, sencillez y amplitud) y al mismo tiempo se procura influir en la mujer para que abandone esas ventajas.—HANS KARL FLÜGEL.

(Traducción especial para *Atenea* de E. M.).

TAINE TEORICO DE LA LITERATURA MODERNA

HA habido gran revuelo en Francia en torno de Taine—muerto en 1893—con motivo de la inauguración de su monumento. No se olvidaron en poner de relieve, con este motivo, el rol capital que como crítico realizó en el movimiento literario francés del siglo XIX y de la influencia consiguiente ejercida en toda la literatura moderna.

Es importante que mezclemos nuestra voz a este concierto, aunque no sea más que para poner en su punto la prestigiosa personalidad del autor de la «Historia de la Literatura Inglesa» y de «Los Filósofos Franceses» y para encuadrar en su justa medida lo que su influencia tuvo de orientadora y efectiva. Las dimensiones del ídolo se encontrarán reducidas.

El siglo XIX comenzó por esa tumultuosa y brillante reacción contra el clasicismo que se llamó Escuela Romántica. En sus principios, el Romanticismo fué un retorno «al hombre» contra los convencionalismos de las normas clásicas del siglo XVIII, antitradicionalista, enciclopédico y positivo, y también del impulso hacia la naturaleza y hacia la sensibilidad humana del cual J. J. Rousseau fué el elocuente portavoz. La Escuela Romántica presentaba ciertos defectos que después exageraron, cayeron en el énfasis, en la grandilocuencia y en el desprecio por la documentación seria.

Esto determinó un nuevo movimiento de reacción dirigido esta vez contra el Romanticismo, contra lo impreciso de la forma, sus extravagancias, su exotismo pueril y contra las debilidades de su idealismo. Eso fué la Escuela Realista.

El Realismo se desenvuelve en el segundo cuarto del siglo XIX. Tuvo su origen principalmente en Balzac, cuya gigantesca y substancial «Comedia Humana» llevaba al novelista hacia el estudio serio de los hechos, de los ambientes y de los tipos. Después de Balzac, aparece en escena Stendhal, que asigna como rol al escritor el estudio estricto y metódico de las pasiones y de los caracteres en detrimento de la orquestación sonora y de la búsqueda de los efectos poéticos. El movimiento realista se intensifica después de la revolución de 1830, bajo el reinado de Luis Felipe, por lo que se llama la *Bohemia*, es decir, por una categoría de escritores que con un espíritu crítico y voluntariamente escandaloso preconizaron la elección de temas cogidos de lo ordinario de la vida y de los héroes captados del vulgo, en oposición al «héroe distinguido» que había quedado como la fórmula tradicional. Los realistas no reconocen la trinidad de «lo bello», lo verdadero y lo bueno», que era la fórmula de la filosofía ecléctica de Víctor Cousin, es decir, de la opinión oficial y bien equilibrada. Su divisa era que sólo *lo verdadero* debe interesar al escritor y que «lo bello» y «lo bueno» no son mitos fantásticos sino que no tienen ninguna relación con la vida. Obras importantes vienen a enriquecer el movimiento realista. Para no hablar sino de la prosa, mencionaremos a *Madame Bovary* de Gustavo Flaubert, libro escrito en un estilo impecable y magnífico, pero basado únicamente en hechos de la vida corriente, y las novelas de los hermanos Goncourt en las que un arte refinado y una meticulosidad de historiador delicado estaban puestos sólo al servicio de una documentación positiva.

Hasta ese momento, la corriente realista no se caracterizaba sino por tendencias generales confusas y por realizaciones más bien institivas que razonadas. En estas circunstancias surge

Taine, profesor egresado de la Universidad, que había estudiado especialmente la filosofía, que tenía, además, algunas nociones científicas y que había trabajado durante algún tiempo en la Facultad de Medicina. Taine era un espíritu brillante, un escritor riguroso, y sus opiniones filosóficas eran netamente materialistas. Como saliera de la Universidad en el momento en que el Príncipe Napoleón se ceñía la corona imperial después del golpe de Estado, las opiniones materialistas de Taine lo designaron como subversivo. Su carrera le fué obstaculizada. Entonces se volvió hacia la literatura y hacia la historia. Escribió dos artículos que tuvieron gran resonancia, el uno sobre Balzac, el otro sobre Stendahl,—y llegó a ser el crítico oficial de las nuevas tendencias. Eclipsando completamente a Sainte-Beuve en ese momento, sistematizó con toda habilidad y muy brillantemente esas tendencias y redactó así el programa integral y reflexionado no sólo del movimiento realista sino también del movimiento naturalista del que Emilio Zola—que buscaba el camino—presentaba entonces las primeras obras características: *Teresa Raquin* y *Magdalena Ferat*.

La teoría de Taine era que el escritor no debía ser en adelante más que el incansable buscador de documentos para la ciencia. Los autores de libros debían repudiar la fantasía, los aislamientos de la imaginación, la abstracción y la convención. Debían, además, alejarse del sueño y de la poesía, y trabajando sobre temas precisos en sus gabinetes de trabajo o en los laboratorios, presentar monografías y reseñas que emanasen únicamente de la observación y de la experiencia y ser, de este modo, susceptibles de contribuir a la grande «encuesta sobre el hombre» que los tiempos modernos tienen por misión constituir.

Esta teoría, que discernía a los escritores la patente de hombres de ciencia y que los halagaba al integrarlos directamente en el movimiento positivo científico del siglo, fué adoptado con entusiasmo por Zola y por los naturalistas. No hicieron únicamente suyo el método de investigación positivo, al cual el novelista debía limitarse, lo mismo que el fisiólogo y el químico, sino que adoptaron igualmente las recientes adquisiciones de la ciencia positiva en el dominio de la biología, sobre todo las ideas de la herencia, del medio y de las especies que los descubrimientos de Claudio Bernard y de Darwin habían puesto de moda.

Ahora que los años han transcurrido y que una amplia mirada hacia el pasado nos permite juzgar sana y fríamente todas esas tumultuosas agitaciones ideológicas, fecundas en batallas, debemos darnos cuenta de cuán artificial era esta sistematización que un espíritu de investigación inteligente imprimía a una serie de

obras nacidas espontáneamente. Este revestimiento teórico no tiene nada que ver con ellas. Esas fórmulas especiosas no quitan ni agregan nada a los lazos evidentes que unen la Escuela Naturalista con el Movimiento Positivo continuo que caracteriza el siglo XIX. Como siempre, la obra no es aquí sino la consecuencia de un estado de cosas. El naturalismo fué científico, pero en una acepción que no es tan rigurosa ni tan estricta como el marco que que Taine le dió en su nacimiento.

Por lo demás, la teoría de Taine encerraba un gran vacío. Eliminaba en literatura la indiferencia del sabio ante la vida y unía a la noción de «el arte por el arte» el sentido social. Bajo pretexto de experiencias imparciales y objetivas, se empujaba al productor literario a mantenerse aparte de las necesidades, de las aspiraciones de las sociedades y del deber colectivo.

Hoy día vemos en formación un realismo literario más amplio y más integral que aquél que brilló en el siglo pasado. La base documental está así definitivamente admitida en la novela, lo mismo que la resurrección del verbalismo, de la abstracción, y del idealismo suspendido en las nubes. Pero es precisamente la noción profundamente comprendida de la realidad y de la vida la que debe en adelante obligarnos a no separar un ser o una decoración de un conjunto humano y de una directriz social tan precisa como un principio biológico. Es preciso que el escritor considere en adelante que las grandes leyes científicas de las colectividades, conquistadas y precisadas, por el marxismo, deben incorporarse al cuadro exacto y profundo de la realidad.—
H E N R Y B A R B U S S E.

Especial para ATENEA París, 1931.

Traductor: B. Flores Williams.

EL LATIFUNDIO EN NUESTRA AMERICA Y EL PROBLEMA DE LA DESOCUPACION

(HAY QUE IR POR EL REMEDIO HACIA HENRY GEORGE)

I

EL problema de la desocupación es inexplicable en nuestra América, tan despoblada como abundante en zonas de tierras ricas sin cultivo.

Hace poco se decía, picarescamente, que la Agricultura en